



Biblioteca **RODOLFO WALSH**

WALSH

**EL VIOLENTO OFICIO
DE ESCRIBIR (Obra periodística)**

 **Planeta**



WALSH

EL VIOLENTO OFICIO
DE ESCRIBIR

Edición corregida y aumentada a cargo de
Daniel Link

 Planeta

Índice

Prólogo	
El periodismo de Walsh <i>Rogelio García Lupo</i>	11
Nota preliminar <i>D. L.</i>	15
La misteriosa desaparición de un creador de misterios	21
2-0-12 no vuelve	31
Aquí cerraron sus ojos	43
“Yo también fui fusilado”.....	53
3120 - 5699 - 1184 (Lenguaje Universal Cifrado).....	75
El fin de los dirigibles	85
Adiós al <i>Pamir</i>	95
Los métodos del FBI	107
Veinte preguntas al presidente electo.....	117
¡Aplausos, Teniente Coronel!.....	127
¿Y ahora... Coronel?	132
“Un niño secreto que no se dirá”.....	136
Respuesta a Cuarenta	150
El hombre del guardapolvo gris. Villa Soldati se subleva... ..	156
Fidel renuncia, Fidel se queda	164
No te fíes de un enviado especial.....	179
Guatemala, una diplomacia de rodillas	183

La última pirueta de Allen Dulles en la Argentina.....	200
Carnaval caté.....	215
La isla de los resucitados.....	234
El expreso de la siesta.....	265
San la Muerte.....	276
Viaje al fondo de los fantasmas.....	284
La Argentina ya no toma mate.....	305
Kimonos en la tierra roja.....	322
El país de Quiroga.....	332
El remate del siglo.....	343
Vida y muerte del último servicio secreto de Perón.....	349
Juegos de guerra.....	356
El matadero.....	365
Las carnes que salen del frío.....	378
Magos de agua dulce.....	395
Guevara.....	409
¿Quién mató a Rosendo?.....	415
La secta del gatillo alegre.....	425
La secta de la picana <i>Primera nota</i>	435
La secta de la picana <i>Segunda nota</i>	442
La secta de la picana <i>Tercera nota</i>	448
La secta de la picana <i>Cuarta nota</i>	456
Vuelve la secta del gatillo y la picana.....	461
Las ciudades fantasmas.....	473
Clarooscuro del delta.....	491
La luz nuestra de cada noche.....	513

Bolivia: el general proletario.....	531
Chile: la carrera contra el reloj electoral	544
“Ofuscaciones, equívocos y fantasías en el mal llamado caso Padilla”.....	553
La revolución Palestina	559
Respuesta a la embajada Israelí	603
Los partes de cadena informativa	613
Carta abierta de Rodolfo Walsh a la junta militar	625
Lista de textos de Rodolfo Walsh.....	640

NOTA PRELIMINAR

Se presentan aquí las notas periodísticas publicadas por Rodolfo Walsh. La selección ha sido realizada con el siguiente criterio:

- Sólo se tuvieron en cuenta los artículos publicados con la firma de Rodolfo Walsh, sus iniciales (R.W., o R.J.W.) o seudónimo (Daniel Hernández). Muchos de los partes de ANCLA y Cadena Informativa y seguramente varias notas de *Noticias* quedaron excluidos de este libro y la nómina final de artículos de Walsh.
- De las series de artículos que integran sus grandes investigaciones (*Operación Masacre*, *¿Quién mató a Rosendo?* y *Caso Satanowsky*) sólo se incluyen ejemplos aislados porque éstos eran necesarios para dar una visión más o menos fiel del “progreso” de la obra periodística de Walsh. Esas notas deberán integrar una edición crítica de esas investigaciones, cuya publicación en estos momentos se planifica.
- Los artículos y prólogos que podrían considerarse de crítica literaria tampoco se recogen aquí (salvo tres excepciones), a la espera de un libro que los contenga más adecuadamente.

- No se consideran periodísticos los escritos íntimos (como la “Carta a Vicki” o la “Carta a mis amigos”), que aparecen en un volumen separado.
- No se consideran periodísticos los escritos políticos (como los documentos a la conducción de Montoneros). Tanto temática como retóricamente estos textos no guardan relación con el resto de los artículos. De todos modos, aparecen consignados en el repertorio incluido al final de este libro.

Del conjunto de artículos así acotado, hemos optado por publicar la totalidad del material *conocido* (y esto significa que la lista está incompleta por definición), con la sola excepción de algunas poquísimas notas ya muy reproducidas o cuya debilidad temática las hacía escasamente interesantes para el criterio de organización de este libro.

Las referencias de cada uno de los artículos debe buscarse en la nómina que figura al final del libro. Cada tanto, he intercalado notas que pretenden contextualizar los artículos. Espero que esas notas no distraigan la atención del lector.

Este libro se llama *El violento oficio de escribir* porque Walsh, en un texto autobiográfico, escribió: “En 1964 decidí que, de todos mis oficios terrestres, el violento oficio de escritor era el que más me convenía”. Otra nota, sobre Hemingway, fue titulada como “El común oficio del periodismo”. Ambas formulaciones citan irónicamente la célebre consigna de Raymond Chandler, “el simple arte de matar”.

Hace diez años Patricia Walsh recibió de mí una carpeta que, con el título de “Aquí cerraron sus ojos”, pretendía ser una primera antología de la obra periodística de su padre, Rodolfo Walsh. Desde entonces hasta ahora, muchas personas contribuyeron a completar el número de artículos. Bárbara Crespo, Roberto Baschetti y Roberto Ferro son quienes más pasión demostraron en la localización de textos y revistas, pero sin la tenacidad de Patricia este libro no existiría. Yo (casualmente) soy el editor de esta “Obra periodística”, ellos son sus constructores. Rogelio García Lupo, Horacio Verbitsky, Lilia Ferreyra, Jorge Lafforgue, José Fernández Vega y Chiquita Constenla de Giussani abrieron generosamente sus bibliotecas y Rodrigo Peiretti impacientó a cientos de recepcionistas para conseguir lo inhallable.

Con posterioridad a la primera edición de este libro, Eduardo Jozami y Horacio Campodónico localizaron nuevos materiales, algunos de los cuales se incorporan a esta edición (a ellos les agradecemos su generosidad) y a la lista de textos de Rodolfo Walsh que cierra este libro.

D. L.

Rodolfo Walsh nació en 1927. A los diecisiete años está ya trabajando en Hachette, donde permanecerá hasta el 15 de diciembre de 1950 con el cargo de "Auxiliar de ediciones propias". Corrector de pruebas, traductor, editor de antologías y autor premiado de esa casa: nada de lo que tiene que ver con la construcción material del libro le fue ajeno. En 1950, "Las tres noches de Isaías Bloom" recibe una mención en el Primer Premio de Cuentos Policiales que Veja y Lea y Emecé organizan y que la revista publica. Al año siguiente, cuando ha cumplido ya los veinticuatro años, Walsh comienza a publicar cuentos en Leoplán. "Los nutrieros" es el título del cuento que publica en 1951 y que encabeza la lista. En 1953, el año en que aparece el artículo que se reproduce a continuación, su primera nota para Leoplán, publica además la antología Diez cuentos policiales argentinos y su libro de relatos Variaciones en rojo, que obtendrá el Premio Municipal de Literatura. Ésa es, pues, la "obra" de un joven escritor de veintiséis años sin fortuna personal ni respaldo familiar, que tiene además una esposa (Elina Tejerina, con quien se casó en 1950) y dos hijas de tres y de un año, que no simpatiza con el gobierno de Perón (al que califica

con los lugares comunes intelectuales de la época) y que aspira a que su discreta fama le permita vivir un poco mejor de lo que ha podido hasta entonces. Antes de su casamiento, Walsh compartía el cuarto de una pensión con su hermano. Casado, vive primero en otra pensión con su mujer hasta que ella (maestra, estudiante de Letras) es designada como directora de una escuela para ciegos en La Plata, a donde se trasladan. Un escritor, digamos, módico y con pretensiones seguramente nada módicas, que tal vez sabe que un “gran autor” se reconoce, años después, por la manera de relacionarse con los autores canónicos de la literatura. Y Walsh, entonces, “descubre” a Ambrose Gwinnett Bierce y lo propone para el canon.

LA MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE UN CREADOR DE MISTERIOS

Un famoso escritor desconocido

Nombrar a Ambrose Bierce es evocar la memoria ilustre de Edgar Allan Poe. Ambos cultivaron asiduamente el horror en literatura; ambos padecieron el desprecio o la incomprensión de sus contemporáneos. Ambos murieron misteriosa muerte. En 1842, Poe había dado una receta famosa para escribir cuentos. Lo esencial, según él, era buscar “un efecto único”, ya fuera de horror, de misterio, de “suspense”, y atenerse estrictamente a él. De los escritores posteriores a Poe, Bierce es quien sirve más fielmente esa regla: sus cuentos producen siempre una impresión definida, a menudo desagradable, a menudo terrible, casi siempre memorable. Posee elementos de técnica que Poe desconoce: el final sorpresivo, el incisivo humorismo, la lúcida facultad descriptiva. Para algún crítico, es Poe resucitado después de medio siglo y equipado con todos los sutiles perfeccionamientos que se han ido añadiendo al género.

Y con todo, Ambrose Bierce es casi un desconocido, no sólo en el extranjero, sino también en su propio país. Las antologías transmiten dos o tres de sus cuentos, los críticos de mala gana le reconocen talento, estilo brillante, invención feliz, pero su obra

sólo se lee en reducidos círculos. Según Arnold Bennett, Bierce es uno de los ejemplos más sorprendentes de lo que él llama “celebridades subterráneas”. Famoso, sin duda, pero sólo entre unos pocos.

Naturalmente, no faltan motivos para esta indiferencia, que en vida del escritor fue algo más: resentimiento y aun odio. Ambrose Bierce no se preocupó por hacerse querer de sus contemporáneos, ni tampoco de la posteridad. (Dejó una expresa maldición, a la que espero escapar, para quienes se ocuparan de escribir su biografía o trazar de él una mera semblanza periodística.)

Había empezado su carrera “literaria” en San Francisco, estampando inscripciones terroristas en las paredes de la Casa de Moneda. Allí mismo ejerció durante más de veinte años el periodismo, provocando descomunales polémicas, sin que nadie escapara al latigazo de su sátira. “Su pluma”, dice George Sterling, “estaba empapada en hiel y ácido, sus ataques eran más temidos que el cuchillo y el revólver”. El anatema de Bierce contra la ciudad de San Francisco merece un lugar aparte en la historia de la invectiva. “Es el paraíso de la anarquía, la cobardía y la ignorancia. Necesita otro terremoto, otro incendio, y, por sobre todas las cosas, un buen bombardeo. Moralmente, es una colonia penal, la peor de las Sodomas y las Gomorras del mundo moderno.”

No es extraño que más adelante los editores de la ciudad así vapuleada se negaran a publicar sus libros de cuentos, que corrieron igual fortuna en el resto del país. Uno de ellos trae la siguiente nota aclaratoria: “La publicación de este libro, al que las

principales editoriales del país han negado el derecho a la existencia, se debe al señor E. L. G. Steele, comerciante de esta ciudad. La mayor ambición del autor es que la obra justifique le fe del señor Steele en su propio juicio y en su amigo, A. B.”.

Esta proscripción de la obra de Bierce, como es natural, trasciende las fronteras de su patria. Para los lectores de habla castellana es desconocido, salvo por la traducción de dos o tres de sus cuentos.

Bierce escribió cuentos de misterio, cuentos de terror y otros simplemente truculentos. Se han señalado sus defectos: es sensacionalista, a veces es retórico, no ahorra el pormenor espantoso, la alusión macabra. Y, sin embargo, en algunos de sus relatos alcanza la difícil perfección del género. En uno de ellos nos presenta a un espía en trance de ser ahorcado, describe las atroces formalidades de la ejecución, que se realiza en un puente, sobre un río: los soldados inmóviles, la soga en el cuello, el puntapié que abre la trampa fatal. En ese instante, que debiera ser el último, la cuerda se corta, el prisionero cae al río. Desata sus ligaduras, huye a nado, perseguido por las balas del piquete. Se interna, ya a salvo, en un bosque. Camina interminablemente. Llega después de mucho tiempo a la entrada de su casa, ve el pórtico blanco, ve a su mujer que sale a recibirlo con una sonrisa, siente un golpe lacerante en la nuca, ve una luz blanquísima que lo ciega, y entonces todo ha terminado. Está muerto. La soga no se ha cortado. Toda la aventura no ha sido más que una fugaz ensoñación desarrollada en los dos o tres segundos previos a la muerte.

Vida

Ambrose Bierce nació en 1842, en el estado de Ohio. Al estallar la Guerra Civil se enrola en las filas, donde alcanza el grado de mayor. Esta experiencia guerrera se refleja en muchos de sus relatos. Finalizada la contienda, se radica en San Francisco, donde colabora en distintas publicaciones. En 1872 se traslada a Londres, donde publica, con seudónimo, una brillante serie de fábulas satíricas: “Telarañas de un cráneo vacío”. A propósito de seudónimos, los empleó en abundancia, y aun ahora no ha sido posible rastrearlos a todos. Siempre lo poseyó el gusto por la intriga, por la mistificación. Llegó a comentar sus propios libros y a entablar polémicas consigo mismo. Pero lo mejor de su obra está contenido en dos breves tomos de cuentos.

En 1876 volvió a San Francisco. En 1893 había dejado de escribir cuentos. Sin embargo, aún cultivaba el periodismo. Hemos dado una imagen del escritor: un hombre solitario, amargado, cínico. Daremos ahora otra, diametralmente opuesta, la que nos presenta Van Wyck Brooks en su semblanza de Bierce. Nos dice que en sus últimos años Bierce es un hombre apacible y bondadoso, rodeado de discípulos, a quienes comunica desinteresadamente las experiencias artísticas que ha recogido en su vida. Deja una vasta correspondencia en la que explica, compara, aconseja y juzga sin acritud, con benevolencia. Sin embargo, no ha perdido del todo el gusto por la mistificación, por el escándalo. En 1899, en complicidad con Carroll Carrington y Hermann Scheffauer, hace publicar

un poema de este último, atribuyéndolo a Poe, con la clásica historia del manuscrito encontrado por casualidad. El poema no es malo, y podía haber sido escrito por Poe. Lo cierto es que nadie protesta. Nadie se pronuncia. Bierce publica un artículo en el que se declara escandalizado por el escaso eco que ha tenido el hallazgo; no garantiza —dice— la autenticidad del mismo, pero opina que debería haber despertado un poco más de interés en los críticos. Y paradójicamente es aquí, al comentar una fábula elaborada por él mismo, donde Bierce afirma que “el arte es la única ocupación seria que hay en la vida”.

¿Muerte?

En 1913 Bierce tiene setenta y un años. Es un anciano. Olvidado de sus contemporáneos, resignado con su destino, se diría que lo único que puede hacer es esperar tranquilamente el momento de su muerte. Y, sin embargo, detesta la idea de “esa muerte por vejez, por enfermedad o por una caída en la escalera del sótano”.

Ha llevado una vida de permanente acción. Ha sido soldado, ha sido uno de los escritores más agresivos y agredidos de su época, ha glorificado en relatos inolvidables la muerte en el combate, el heroísmo, la abnegación.

Por aquella época, México es teatro de sangrientas luchas internas. En noviembre de 1913 Bierce escribe diciendo que se va a México, que lo lleva un propósito bien definido, pero no expresa cuál es ese propósito.

Lo que sucedió después es uno de los mayores misterios de nuestra época. Bierce desapareció sin dejar rastros, y hasta el día de hoy no se tuvieron noticias ciertas de él.

“Parker Adderson, filósofo”

En “Parker Adderson, filósofo”, uno de sus cuentos, Bierce había tenido, quizá, la prefiguración de algunos instantes de su muerte. Es la historia de un espía federal, en la Guerra de Secesión, que cae en poder del enemigo. Antes de ser fusilado, el general lo interroga:

—¿Cuál es su nombre?

—Puesto que he de perderlo al alba —responde el prisionero—, no vale la pena ocultarlo. Parker Adderson.

—¿Su grado?

—Muy humilde. Los señores oficiales son demasiado valiosos para confiarles misiones de peligro. Soy sargento.

—¿De qué regimiento?

—Perdón. No he venido para dar datos sobre nuestras fuerzas, sino para averiguarlos sobre las suyas.

—¿Reconoce, pues, haberse infiltrado bajo un disfraz en nuestro campamento para obtener informes sobre el número y la moral de mis tropas?

—Sobre el número. La moral, ya la conozco. Es desastrosa.

Y así sucesivamente. El espía sabe que será fusilado al amanecer, pero se ríe de la muerte.

El general firma la sentencia. Afuera llueve.

—Mala noche —dice el general.

—Para mí, sí —responde el prisionero.

—¿Piensa usted ir a la muerte sin dejar de bromear? ¿No sabe que la muerte es asunto serio?

—¿Cómo habría de saberlo? No he estado muerto en toda mi vida.

—La muerte es, por lo menos, la pérdida de la felicidad que hayamos alcanzado.

—Una pérdida de la que no tenemos conciencia puede soportarse con serenidad, y esperarse sin temor.

—Si el estar muerto no es condición desagradable —dice el general—, el acto de morir ha de serlo.

—El dolor es desagradable, sin duda. Pero quienes más larga vida alcanzan son los que más lo padecen. Lo que usted llama la muerte es simplemente el último dolor. La muerte no existe. Suponga que yo intento escapar. Usted levanta el revólver que tiene escondido sobre las rodillas y dispara. Yo me desplomo, pero aún no estoy muerto. Después de media hora de agonía, digamos, estoy realmente muerto. Pero en cualquier momento dado de esa media hora, he estado vivo o muerto. No hay términos medios. La naturaleza es muy sabia.

—La muerte es horrible —exclama el general, a pesar suyo.

—Para nuestros salvajes antecesores, sí. No tenían inteligencia bastante para separar la idea de conciencia de la idea de las formas físicas en que se manifiesta.

Transcurren las horas. Parker Adderson sigue filosofando con la mayor ecuanimidad. Es el general, y no él, quien parece el condenado a muerte. Nada puede alterar la lucidez de su inteligencia, la certera viveza de sus réplicas.

Pero al fin ha llegado el momento. El general llama a un oficial y le ordena:

—Tome un piquete, lleve al prisionero y fusílelo.

Y entonces ocurre lo inesperado. Ese hombre que ante la mera idea de la muerte ha conservado una admirable sangre fría, ante la muerte actual, verdadera, se derrumba como un muñeco. Trata de huir, inicia una lucha insensata, es reducido, y, sin cesar de gemir y suplicar, es llevado al sitio de la ejecución donde es muerto como un perro.

Algunos aseguran que Ambrose Bierce fue fusilado por los guerrilleros de Pancho Villa. Lo que nunca se sabrá es si supo conservar hasta el fin el razonado valor primero de Parker Adderson, el filósofo, o si, como él, tuvo miedo en el último instante.